

La identidad dislocada de muchos hijos de migrantes

Marie-Astrid Dupret¹

Resumen

A continuación, precisaremos algunos efectos psicológicos de la migración de los padres en niños. Tres edades son especialmente vulnerables. Durante el primer año de vida, el niño que sufre una brusca ruptura del vínculo con su madre corre el riesgo de caer en una ‘depresión anaclítica’; el segundo momento problemático corresponde al inicio del proceso de socialización; hacia los tres años cuando el niño necesita de referencias simbólicas adultas estables para estructurarse como sujeto autónomo; por fin, durante la adolescencia, la presencia de figuras parentales es crucial para facilitar al joven su inscripción en la sociedad como sujeto responsable. Además la migración de los padres aumenta los peligros que acechan a la infancia, haciendo imprescindible un refuerzo de las protecciones institucionales en estos casos.

Hace algunos años, analizando la importancia de lo Simbólico en la construcción de la identidad latinoamericana, abordamos los problemas manifestados por los hijos de migrantes en su país de origen (Dupret, 2009). Antes de retomar el estudio de las consecuencias psicosociales de la migración en las generaciones jóvenes, es imprescindible dejar claro el hecho de que el fenómeno migratorio se ha modificado de manera llamativa en el curso de los cuatro últimos años. La situación social del Ecuador ha sufrido un cambio drástico con la toma del poder del presidente Rafael Correa, en cuanto hoy las clases populares gozan de una verdadera repre-

¹ Psicoanalista, doctora en Filosofía, supervisora de prácticas clínicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, docente de la MIPSIA – Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador

sentación política en el tablero nacional e incluso se ha visto beneficiada de la fuerte bonanza petrolera a través de mejores programas de apoyo económico y de inversiones sociales; en este contexto, la migración se ha vuelto tema de muchos estudios. Sin embargo, esta situación se ve considerablemente afectada por la recesión financiera y económica mundial que empezó a manifestarse en el tercer semestre del 2008; ya se observa sus efectos en el flujo de migrantes y no cabe duda que provocará el retorno forzado al país de gran parte de esta población. En este sentido, la migración masiva de los primeros años del segundo milenio pertenece al pasado.

Las consecuencias de los desplazamientos de un gran número de trabajadores adultos movidos por las necesidades del mercado globalizado están todavía presentes y más aún se puede sospechar que van a percibirse con mayor nitidez y crudeza en el curso de los próximos años, en la medida que afectan todavía a las clases más pobres y, con especial violencia, a las estructuras familiares y a los niños que se han quedado en el Ecuador. Hoy, precisamente, analizaremos los efectos psicológicos y socioculturales de las rupturas de los vínculos familiares causadas por la migración sobre las generaciones jóvenes de los sectores desfavorecidos, sabiendo que en muchos casos no fue intencional sino un efecto motivado por el pretexto de darles ‘una vida mejor’, dentro de una perspectiva económica. Cabe decir que lo que vamos a describir no es un hecho exclusivo de situaciones migratorias; pero no es menos cierto que la partida de los padres y/o madres, dejando en manos ajenas la crianza de sus hijos, ha agudizado y develado un profundo malestar social que se manifiesta, especialmente en un aumento del maltrato y del abuso sexual contra los niños y adolescentes y en la presencia de conductas de riesgo en muchos jóvenes.

Para entender mejor nuestro comentario, debemos recordar un hecho a la vez obvio y, a pesar de ello, muy olvidado en las argucias de los discursos posmodernos que promueven la idea de un individuo autónomo y libre de toda coacción. El ser humano se socializa en el seno de una sociocultura que le transmite el habla y las costumbres necesarias para que pueda humanizarse y convivir con sus semejantes; no hay otro camino y nadie se autoconstruye independientemente de su inserción en un grupo específico a partir del cual cada uno adquiere su identidad, un proceso que sólo es posible gracias a la mediación de ciertos agentes con capacidad de

despertar la sensibilidad del sujeto en formación hacia el intercambio con sus semejantes y fomentar su inscripción en un lazo social imprescindible para su supervivencia en un mundo de convivencia pacífica.

Sin embargo, como veremos a continuación, un niño o incluso un adolescente cuyos padres han optado por la migración sin llevarlo consigo, está privado por la misma situación de las referencias familiares, presentando en su juventud muchas dificultades en la estructuración subjetiva de su ser. Este joven tendrá profundas carencias que se verán reflejadas en su proceso de socialización, haciendo de él un individuo manipulable, desprotegido, dependiente y, a la vez, rebelde, susceptible de adicciones de distintos tipos, y con una gran dificultad de integrar grupos más amplios. Además estos problemas se verán agravados por la tendencia posmoderna a la desimbolización y a la pérdida de los referentes socioculturales que se expresan primordialmente en la desagregación de la familia, privándola de su rol de intermediario imprescindible entre el sujeto y su sociedad.

Antes de estudiar la problemática específica de los niños y adolescentes separados de sus padres y dejados en el país, es necesario dar una mirada a las características de la última ola de migración que marcó al Ecuador desde 1998 y que alcanzó un pique en el año 2001, cuando el 20% de la población activa se desplazó hacia el exterior según el documento publicado por las Naciones Unidas sobre este tema (Ecuador, 2006). Siempre, según esta fuente, se trató de una población urbana en unos 75%, entre la cual las mujeres representaban más del 50%, lo que constituye una novedad, por lo menos en tales proporciones, y, por lo tanto, con efectos directos en la organización familiar; en efecto, mientras el 41% de los migrantes tenían entre 21 y 30 años, y el 22% entre 31 y 40 años, o sea la edad de la parentalidad, la tasa de niños que acompañaban o se reunían luego con sus padres sólo era del 9%². A pesar de estas cifras muy elevadas de migración, cabe recordar que el Ecuador no fue un caso único sino que formaba parte de un fenómeno al nivel mundial detrás del cual se vislumbraba la existencia de personas aisladas o de grupos, pequeños y grandes, a la deriva —pensamos en las *pateras* barradas en las costas

2 Observamos que el principio de reunificación familiar modificó un poco hacia lo alto esta cifra, sin jamas ser una medida generalizada.

españolas— que abandonaron su entorno y su contexto cultural o lo poco que queda de una tradición ancestral, en búsqueda de un nuevo *El Dorado*, de nuevas referencias y de un anclaje utópico en el corazón del mundo posmoderno, sueño a menudo totalmente ilusorio pero que se vestía de las emblemas del éxito económico. De modo que si estas migraciones podían aparecer como las expresiones posibles de un proyecto social y de una dinámica cultural, en la realidad reflejaban más bien un profundo malestar en la vida cotidiana golpeada por la globalización del mercado y por formas inéditas de un caminar errático³.

Expliquémonos. Las personas que otrora migraron del campo hacia las ciudades habían llevado consigo, aunque sólo de manera muy fragmentada, sus tradiciones y sus costumbres, es decir algunos rasgos culturales inconexos más que una organización estructurada, y esto únicamente en el mejor de los casos cuando varias familias tuvieron la oportunidad de instalarse en un mismo sitio urbano; pero ya con la generación siguiente, lo poco que quedaba de su sociocultura quedó cubierto de desprecio y a menudo de vergüenza, incluso por parte de sus propios hijos porque denotaba un pasado campesino poco valorizado en la ciudad ... En este sentido, los desplazamientos migratorios actuales hacia los países occidentales, muy diferentes por su amplitud de los movimientos de población de otras épocas, que estaban más o menos determinadas en función de las necesidades de la comunidad, han tenido consecuencias aun más devastadoras en los planes psíquico, social y cultural, que en otros tiempos (Dupret, 2001); en efecto, esta variante de migración, para muchos, y muy en especial para las clases marginales, ha significado una segunda ruptura socio-cultural y a menudo también familiar por la desvinculación y la anulación de los sentimientos de pertenencia a una comunidad que produjeron. De ahí, las consecuencias psíquicas sobre los individuos radicalmente separados de sus referencias culturales y por ende identitarias porque ya no tenían a su disposición un orden simbólico para sostenerlas ni desde un punto de vista individual, ni en una perspectiva colectiva, consecuencias que

3 Es llamativo que los textos sobre el tema de la errancia se han multiplicado ultimamente. Ver por ejemplo Fethi Benslama (2002), "*De l'errance*", *Le malaise adolescent*, Paris, Éd. Campagne Première; ou encore Chantal Brand-Gaborit (2004), "*À propos de l'errance des jeunes*", et Gérard Amiel "*Errer humanum est*", J.-P. Lebrun éd. *Les désarrois nouveaux du sujet*, op. cit.

pueden ser muy serias y llegar hasta casos de despersonalización o incluso crisis psicóticas⁴ (De La Pava Ossa, 2006: 122ss).

No obstante, lo que vamos a examinar con más atención respecto a la migración ecuatoriana son los problemas psicosociales de las jóvenes generaciones abandonadas por uno o, a menudo, los dos padres, sin ninguna palabra de explicación, a veces incluso sin un 'hasta luego' o un 'adios', bajo el pretexto de no apenarles⁵. Recordemos que son tres las edades particularmente sensibles a la pérdida de referencias simbólicas, que acompaña separaciones a raíz de los cortes en las relaciones familiares con, a veces, consecuencias de gravedad incalculable en el plan psíquico: el primer año de vida o sea al inicio de la etapa arcaica de la estructuración psíquica; luego entre los dos y tres años, lo que corresponde al principio de la época de la estructuración cultural, y, por fin, la adolescencia cuando empieza la estructuración ideológica del sujeto. Aunque cabe subrayar que los momentos más vulnerables dependen en gran medida de cada sujeto y de las relaciones con las personas a cargo del niño, así como del contexto de vida.

Cuando un recién nacido está separado bruscamente de su madre, pierde de golpe sus vinculaciones con su entorno a través de la desaparición de su objeto primordial de amor. Esta situación, admirablemente analizada por René Spitz (1968) en su estudio detallado sobre el primer año de vida, puede conducir, según el especialista, a una '*depresión anaclítica*' luego de una 'carencia afectiva parcial' del objeto o, cuando de trata de una 'carencia afectiva total' al *hospitalismo*. A propósito de la *carencia afectiva parcial* –en todos los casos estudiados en la investigación, estos bebés habían sido privados de su madre por un periodo sin interrupción de tres meses-, el sufrimiento psicológico se manifestó primero por un llanto continuo y luego un verdadero 'retraimiento llorón'; estos niños empezaron a manifestar trastornos del desarrollo, insomnios, pérdida de peso y, poco a poco, un declive en su vitalidad. Por suerte, 'la curación es

4 Un coloquio ha sido organizado sobre este tema durante las jornadas de la Clínica Psiquiátrica de la Guadalupe de Quito en abril 2001 (8va jornada de Abril, *Migración Poblacional y Salud Mental*).

5 No nos remitiremos a casos concretos; sin embargo todo lo que describimos y comentamos en estos párrafos proviene de observaciones de nuestra práctica profesional y de los estudiantes que trabajan en instituciones de ayuda a la comunidad bajo nuestra supervisión.

rápida cuando *el objeto de amor esta devuelto al niño en un plazo de 3 a 5 meses*, y ‘si hay desorden afectivo duradero, no es perceptible en el momento’. En cuanto al ‘hospitalismo’, siempre en el mismo trabajo, se observó en infantes alejados de su madre y privados de todo contacto personalizado con una persona, en especial que sustituyese a la madre; en estos casos se notó que el niño, después de pasar rápidamente por las etapas de la *depresión anaclítica* mencionada anteriormente, se vuelve completamente pasivo, quedándose echado de espalda en su cuna, con el rostro vacío de expresión; y esta situación se torna más o menos definitiva (Spitz, 1968: 214-215). No profundizaremos este tema pero, sí, queremos enfatizar en la importancia incomparable de la madre –y si no ella, de un sustituto femenino disponible y preparado– para asegurar el desarrollo inicial del pequeño ‘ser hablante’ cuyos primeros meses son determinantes para la adquisición paulatina de los instrumentos de humanización necesarios para su supervivencia en sociedad y transmitidos gracias a relaciones de objeto privilegiadas con un personaje materno.

Un segundo momento propicio a efectos problemáticos de separaciones no elaboradas se da hacia el tercer año de vida cuando el niño pequeño empieza a descubrir su entorno e inicia el proceso de socialización que le permitirá vivir con sus semejantes, sujetándose a las leyes comunes y lanzándose con los otros en la búsqueda de lo que se le ofrece como Bien común (Dupret, 2004). Es lo que se llama “Complejo de Edipo”, tiempo de estructuración muy importante para el devenir del sujeto humano. A esta edad, el niño ya se ha familiarizado con en el mundo del habla y empieza a manejar significantes adecuadamente para hacerse entender; en este momento, lo que va a aprender es a conjugar gestos y acciones con esbozos de reflexión; entonces ya no se tratan de palabras sueltas, sino de verdaderos esquemas de pensamiento. De ahí nace la posibilidad, esencial para el ser humano, de construir fantasías como formas de entendimiento de la realidad y balbucear proyectos. Surge aquí la pregunta: ¿Por qué la ausencia de una estructura familiar, en particular de una madre y de un padre, como ocurre cuando aquellos han migrado, puede afectar tanto la evolución intelectual del pequeño? Para que el niño pueda pasar por este momento estructurante, es imprescindible que ciertas personas dotadas a sus ojos de un valor excepcional ocupen para él un lugar especial; normalmente, es el rol del padre, pero no tanto del genitor en sí,

sino de quien ocupa esta posición en relación con la madre, o mejor dicho el padre tal como aparece en el discurso de aquella; de ahí la locución utilizada en psicoanálisis de 'Nombre del Padre'. La función de este tercero que viene a representar el "Ideal del Yo" y que interviene entre el niño y su madre es vital para favorecer *la socialización* del pequeño, permitiéndole alejarse de las faldas maternas, vincularse con sus pares y adquirir rudimentos de una autonomía necesaria para su proceso de subjetivación y su desarrollo psíquico como individuo responsable. Entendemos entonces porqué, como es el caso cuando uno o los dos padres han migrado, la ausencia de una familia estructurada con dos referencias simbólicas en posición diferencial, es decir, con un padre y con una madre, dificulta mucho el proceso de construcción psíquica tanto como la inscripción sociocultural del niño. A pesar de su importancia, existen pocos trabajos respecto a las dificultades de integración a la vida en común cuando falta un entorno familiar más o menos estable durante este periodo de la niñez, porque los síntomas más vistosos suelen manifestarse años más tarde, en particular en la pubertad y a menudo con conductas de delincuencia y de psicopatía.

Por fin, es preciso hablar de *la adolescencia* que constituye un periodo de gran vulnerabilidad psíquica en cuanto significa la transición de la niñez a la edad adulta cuando el sujeto no sólo está en condición física de procrear, sino que adquiere el derecho de establecer vínculos legales para formar un nuevo hogar y asumir cargos de responsabilidad como miembro por completo en el seno de su sociocultura. A esta edad, el joven está violentamente dividido entre un anhelo de mantenerse bajo la protección de sus padres y un deseo de emancipación; todas las culturas tradicionales subrayaban esta etapa de cambio de estatuto social por ritos de pasaje más o menos largos que significaban la muerte a la infancia y un renacimiento al estado adulto; estas costumbres muy difundidas ayudaban al adolescente a simbolizar sus vínculos de pertenencia a su grupo y su nueva identidad sociocultural. Al contrario, los adolescentes del mundo posmoderno encuentran muchos obstáculos en este proceso, en razón de la desimbolización de los valores sociales que se observa en la carencia de ritos apropiados para marcar con claridad estos cambios; en estas circunstancias de falta de indicadores respecto a las maneras de comportarse, la familia y sobre todo la figura paterna juegan un papel fundamental como soportes

de los cuestionamientos y de las conductas contradictorias de sus hijos que, en la actualidad, no están apoyados por ninguna guía, ninguna orientación definida por la tradición. Se entiende entonces el por qué las dificultades propias a la etapa de transición marcada por la pubertad son mayores, aun cuando los jóvenes están privados de un entorno familiar organizado y de algunas referencias adultas idealizadas que les sirvan de modelos en su búsqueda de un sentido a su vida dentro de una comunidad. Por este motivo, la situación de desarraigo familiar es muy propicia a la vinculación con pandillas que ofrecen precisamente lo que más desea el joven, su inscripción dentro de un grupo que le brinde un reconocimiento a la vez que la presencia de figuras de liderazgo con las cuales identificarse.

Para todos aquellos jóvenes que han vivido situaciones de abandono vinculadas a la migración, la expresión de Jean-Pierre Lebrun '*huérfanos de lo Simbólico*' (Lebrun, 2004: 75) conviene a cabalidad. Son niños que han perdido bruscamente sus referencias familiares y deben de repente acomodarse de una nueva organización del hogar cuando una abuela, un tío, una hermana mayor, vienen a tomar la posta de una madre desvanecida. Empero no se trata de un duelo que pueda ser elaborado, es un hecho al cual los menores deben adaptarse por lo mejor y lo peor, una experiencia de carencia de referentes simbólicos que hunde a los niños y a los adolescentes en una situación que podemos llamar de precariedad identitaria más allá de la cuestión económica, a menudo solventada por remesas sustanciales, pero que no remplazan las relaciones afectivas. En efecto, la gran mayoría de las madres y de los padres migrantes que no llevan consigo a sus hijos intentan sustituir su presencia real y los cuidados materiales, mandando sumas importantes de dinero a la persona que supuestamente se hace cargo de su hijo o a veces, directamente al joven; ocurre incluso que algunos menores reciben bastante dinero de sus padres lejanos⁶, lo que les da un poder especial difícil de administrar e inexplicable, porque la ausencia de los padres, sustituida y comprada de este modo por bienes materiales, no puede simbolizarse, ni siquiera dar lugar a la

6 Esta situación es tan conocida que varias empresas, como las casas editoriales, piden a las escuelas populares las referencias de los hijos de migrantes para ir a venderles enciclopedias y otros productos de consumo.

expresión de sentimientos de cólera o de tristeza. Además, en estos casos, el menor se transforma fácilmente en objeto de transacción monetaria: “Usted me cuida a mi hijo a cambio de tal suma de dinero”. En estas circunstancias, no hay que extrañarse que ocurran a menudo conflictos de intereses entre la abuela paterna y la abuela materna, por ejemplo, que reivindican cada una por su lado la custodia del niño que se encuentra así desgarrado por una guerra de seducción entre ambas, valorado por su peso económico y reducido a una mera cosa sin que nadie se preocupe por su bienestar psicosocial.

Vemos aquí cómo a las cuestiones psicológicas se han conjugado también aspectos de índole sociológica que revelan la desprotección sufrida muy a menudo por los menores debida a la ausencia de una familia verdadera, una familia estructurada, cuando los padres han migrado. Es obvio que aquellos jóvenes vivieron situaciones de mayores riesgos y desamparo por el simple hecho del alejamiento de sus padres y se encontraron privados de la *protección integral* que, según el Código de la Niñez y Adolescencia debería serles garantizado. Se entiende entonces que sean – o hayan sido – presas fáciles de todo tipo de agresiones. Así mismo se han observado frecuentes casos de abuso sexual y de maltratos graves, demasiado frecuentes, con efectos extremadamente desestructurantes para estos jóvenes ya golpeados por el abandono y la desestructuración familiar⁷.

Respecto al maltrato grave⁸, a menudo esta forma de comportamiento agresivo en contra de los más jóvenes debe interpretarse como la manifestación de un vacío de educación, una falta de aprendizaje de la cultura, porque si en otras épocas cada sociedad tradicional poseía sus maneras de enseñar a los niños el bien y el mal, hoy en día muchos padres de los sectores desfavorecidos –y no sólo ellos– ya no tienen a su disposición más que sus propias vivencias, sin que ninguna palabra jamás haya sido pronunciada para dar un sentido simbólico y un límite a la violencia

7 Señalamos que hasta hace poco el mundo indígena estaba preservado de este flagelo social.

8 Conviene distinguir el maltrato grave de una extensión abusiva del término a raíz de la doctrina de los Derechos de los Niños que asimila cualquier forma de maltrato, incluso los que tienen como fin el supuesto bienestar del niño, sin intención de hacerle daño y los que apuntan a la eliminación del niño y que son letales para el psiquismo del joven.

de sus acciones. Sin embargo, cuando se trata de niños ajenos, es más frecuente que aparezcan formas graves de maltrato por parte de los adultos a cargo. Es común que al no ser los genitores, no sientan las mismas responsabilidades ni manifiesten los mismos afectos hacia los pequeños a diferencia como si fueran suyos, situación ilustrada de sobra por los cuentos infantiles donde las figuras de madrastras y padrastros malvados son comunes (Bettelheim, 1977). Se puede considerar desde una perspectiva clínica que el maltrato grave distorsiona la aptitud del menor a adaptar su comportamiento a una vida en una sociocultura dada y, por ende, su capacidad de convivencia con los otros, ya que la ausencia de palabras significadoras ha transformado la violencia en único medio de comunicación.

Otro peligro importante al que se enfrenta el joven es ser víctima del abuso sexual, hecho frecuentemente provocado por parte de un pariente cercano más que por el padre a su cargo siempre está presente una connotación incestuosa en cuanto el abuso sexual de un adulto contra un menor, esto significa la trasgresión de la barrera generacional. Esta “enfermedad social” es sin duda la más dañina del país en las últimas décadas (Dupret, 2003: 57ss), cabe notar que si bien se trata de un mal endémico anterior a la migración masiva del principio del siglo XXI, el éxodo de muchos trabajadores adultos lo ha agravado al dislocar los vínculos familiares, ya que los padres, o sea los seres más próximos al joven y con quienes hubiera podido tener mayor confianza solían estar lejos. De igual forma, las consecuencias del abuso sexual en el psiquismo de la niña o del niño son diversos y, por lo general, menos nocivos cuando se explican por la “rusticidad” del agresor, término jurídico para indicar un desconocimiento de las leyes más que una trasgresión que remitiría a la perversión. El análisis de casos individuales muestra que el síntoma más llamativo del abuso sexual durante la niñez y la adolescencia es el trastorno de la afectividad en general, que se evidencia de manera muy especial en la vida sexual adulta. Es importante anotar que el maltrato y el abuso sexual incestuoso no son hechos característicos solamente de los sectores sociales desfavorecidos sino que se encuentran presentes en todas las capas de la sociedad, poniendo a la luz un fuerte malestar social, además de la desaparición de los valores morales que permitan la convivencia pacífica. En efecto, tanto los maltratos como el incesto y el abuso sexual, a la vez, efectos y causas de una situación de exclusión o de segregación (Cacciali,

2004: 162ss), manifiestan graves carencias culturales con sus consecuencias de mayor exclusión psicosocial, de erosión del sentimiento de pertenencia, y de serias dificultades de socialización en relación con una comunidad en el seno de la cual los menores no encuentran un lugar, sino en la marginación. Se entiende entonces por qué los hijos de migrantes que han sufrido abusos y maltratos, además del sentimiento de abandono, están particularmente marcados por esta agresión a su ser íntimo y necesitan sin tardar una atención muy especial por parte de la sociedad.

Todas las situaciones de riesgo mencionadas llevan a consecuencias que se manifestarán en épocas posteriores, pero existen otras problemáticas, agudizadas por la partida de los padres y, por ende, por la falta de una estructura familiar; conciernen las distintas adicciones y en particular las toxicomanías, entre las cuales se encuentran tanto el fundeo con pegamentos como el uso de sustancias más sofisticadas, marihuana, base u otras⁹, y que indican una búsqueda desesperada de paraísos artificiales donde el sujeto no sienta sus carencias de inscripción social y de lazos afectivos.

Por último, es necesario mencionar el tema de la “delincuencia” junto con el de las “pandillas”, ya que se trata de problemáticas muy vinculadas a una juventud que ha sufrido distintas formas de relegación dentro de las cuales, repetimos, las que resultan de la desintegración familiar causada por la migración ocupan un lugar importante. Es fácil entender que la delincuencia se vuelve un comportamiento muy atractivo para aquellos grupos de jóvenes dejados solos, o consigo mismos, sin autoridad y al margen de todo lo que pueda significar una inserción sociocultural a falta de referencias adultas responsables. La pandilla se presenta entonces como un sustituto de los vínculos socio-familiares debilitados porque procura esencialmente una identidad, a la vez ficticia y muy fuerte, ofreciendo referencias visibles, fáciles de integrar, pero imaginarias y superficiales —es el caso de decirlo— como tatuajes y otras marcas de pertenencia. A pesar de esas formas aparentes de identificaciones, aquellos jóvenes se encuentran excluidos de la dimensión de lo “Simbólico” en razón de su filiación desvalorizada o, por lo menos, incierta tanto como en el plan de

9 El acceso al dinero de las remesas por parte del menor facilita y fomenta el consumo de drogas.

la cultura porque, a parte de su integración efímera a una pandilla, no tienen el sentimiento de pertenecer a alguna comunidad adscrita a una tradición histórica.

En estas condiciones, muchos hijos de padres migrantes que vienen de los sectores desfavorecidos se han vuelto “hijos de nadie”, ni de una familia, ni de un grupo social auténtico –auténtico en la medida en que el joven se sienta reconocido por los otros a la vez que se reconozca a sí mismo– y su estructuración psíquica e identitaria se torna muy frágil. Normalmente, el sujeto humano se estructura en el cruce de las tres dimensiones de la Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario, y su identidad, constituida por su cuerpo sexuado tanto como por su historia individual, no puede construirse sino en el seno de una sociedad organizada simbólicamente cuyo signos exteriores se reflejan en cada persona a través de elementos que forman un motivo visible y diferencial, como por ejemplo la ropa, sin duda una de las principales marcas tradicionales de identidad. Dicho de otro modo, lo “Simbólico” de una cultura real –es decir una cultura existente y viva– reúne los elementos esparcidos de las apariencias y de las imágenes del sujeto dándoles un sentido preciso dentro de una matriz estructural: “Toda identidad supone un lugar [...] en la historia, en la genealogía, como en una sociedad” (Czermak, 1998: 57). Nadie se puede humanizar plenamente, ni siquiera decir “Yo” y tener una identidad que le permita estar aceptado como miembro por completo de la sociedad, si no es al interior de un conjunto sociocultural determinado, o sea un lugar de vida. Constatamos que muchos hijos de migrantes están en “ninguna parte”, “como si supieran de antemano que no hay lugar para ellos en el deseo de otro, ningún domicilio para ellos en el Otro social” (Brand-Gaborit, 2004: 115); aunque la autora hace esta reflexión a propósito de adolescentes adoptados que viven en Europa, se la puede aplicar a muchos de aquellos jóvenes que se quedaron en el país sin su familia. También para ellos, es particularmente difícil estructurarse psíquicamente en función de una “vectorización fálica”; en función de un orden social, ya que un vector sin punto de partida no tiene orientación y se torna literalmente ‘insensato’. En estas circunstancias, se entiende por qué a la desestructuración familiar y al abandono, a la precariedad y a la marginalidad sociocultural le hace eco la carencia de la función simbólica que se manifiesta directamente en los problemas de incesto, de maltrato grave, de

adiciones y/o de pertenencia a una pandilla; fenómenos que a pesar de constituir realidades diferentes conducen a un mismo vacío en la construcción de la identidad, plasmado luego en una tendencia a comportamientos erráticos, a una relación con el mundo real desprovisto de valores éticos –precisamente aquellos que tienen como función asegurar una convivencia social pacífica– y, por ende, grandes dificultades para establecer lazos de amistad y de amor, así como involucrarse en un trabajo constructivo.

Por cierto, los hechos relatados aquí se fundan en una investigación muy localizada en Quito y que concierne a los hijos de migrantes que se quedaron en el país cuando se marcharon sus padres; aunque las problemáticas estudiadas no difieren mayormente de las de los otros niños de sectores desfavorecidos, en estas circunstancias, la visibilidad del abandono y de la carencia de estructura familiar favorece el análisis de su incidencia y de sus consecuencias en el desarrollo subjetivo de los jóvenes. Cabe notar que situaciones muy análogas se observan en otros países de América latina –citamos como ejemplos los trabajos de Rodríguez Rabanal César (1989) en Perú, respecto a los pueblos nuevos de Lima, o la investigación de Duschatzky y Corea (2005) en los barrios marginales de Córdoba (Argentina). De hecho, las mismas tendencias hacia la desagregación sociocultural llaman la atención en cualquier parte del mundo donde la desigualdad flagrante de las condiciones económicas produce problemas similares de desinserción psicosocial. Además, incluso en lo que se refiere a las clases más acomodadas, la “nueva economía psíquica” según la expresión forjada por Melman (2005), aunque motivada por condiciones de vida muy diferentes, se manifiesta con similares dificultades de convivencia y de inscripción sociocultural y permite relacionar la debilitación de la identidad subjetiva del mundo posmoderno con el proceso acelerado de “desimbolización” al cual asistimos, ligado sin duda al mercado neoliberal, y cuyas consecuencias nefastas sobre los sujetos que lo viven están a penas veladas por el estrés de la cotidianidad.

Unas palabras para concluir. En el curso de los últimos meses, se ha producido un terremoto en el campo de la economía globalizada, y en especial en el de las finanzas, que ha modificado completamente el panorama mundial. En lo que se refiere a la migración, no hay duda que vamos a asistir al retorno masivo de trabajadores que salieron de su país de ori-

gen en busca de mejores condiciones laborales. Sin embargo, los profundos daños causados en las generaciones más jóvenes por este fenómeno en razón de la desagregación de las estructuras familiares y socioculturales no van a repararse por efecto de magia. Tampoco asistiremos a una reaparición de principios simbólicos de convivencia si nada está pensado para inventar soluciones y fomentar nuevas formas de educación y de socialización para paliar al malestar de la juventud y para fomentar la consolidación de una identidad y de un “Yo” capaz de tomar decisiones y responsabilizarse de sus actos. Mucho se habla actualmente de “solidaridad” pero si no se da a esta palabra un sentido nuevo acompañado de formas originales de reconstrucción del tejido simbólico de la sociocultura, y si no se la transforma en acciones concretas, se quedará letra muerta y los pronósticos más pesimistas de aumento de la violencia, de destrucción y de aniquilamiento de los valores vivenciales se harán realidad.

Bibliografía

BETTELHEIM, Bruno

1977 *Psicoanálisis de los cuentos de hadas. La extraordinaria importancia de los cuentos de hadas para la formación moral e intelectual de los niños*, Grupo editorial Grijalba, Barcelona.

BRAND-GABORIT Chantal

2004 “À propos de l’errance des jeunes”, J.-P. Lebrun éd. *Les désarrois nouveaux du sujet*.

CACCIALI, Jean-Pierre

2004 “La victime: un nouveau sujet”, J.-P. Lebrun éd., *Les désarrois nouveaux du sujet. Prolongements théorico-cliniques du Monde sans limites*, Erès, Paris.

CZERMAK, Marcel

1198 *Patronymies: Considérations cliniques sur les psychoses*, Masson, Paris.

DE LA PAVA OSSA, Arturo

2006 “Cuatro mères, un destin. Les effets psychologiques de l’acte migratoire et ses conséquences dans le couple”, *La Célibataire*, n° 12, printemps, 121-135.

DUPRET, Marie-Astrid

2003 “Exceso de maternidad y descalificación paterna”, *Ecuador-Debate* 59, Agosto.

DUPRET, Marie-Astrid

200 “Hurto de infancias”, *Universtas*. Revista de la Universidad Politécnica Salesiana del Ecuador, n° 5, Diciembre: 7-21.

DUPRET, Marie-Astrid

2009 “Désorganisation sociale et destruction de la dimension symbolique chez les enfants de parents émigrés en Équateur”, Collart Pierre (dir.), *Rencontre avec*

- les différences entre sexes, sciences et cultures*, Academia A/B Bruylant, Louvain-La-Neuve.
- DUSCHATZKY, Silvia et Corea, Cristina
2005 *Chicos en Banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Paidós, Buenos Aires.
- ECUADOR (2006)
2006 *Las cifras de la migración internacional*. Document UNFPA-Ecuador et FLACSO.
- LEBRUN, Jean-Pierre
Les désarrois nouveaux du sujet. Prolongements théorico-cliniques du Monde sans limites, Erès, Paris.
- MELMAN, Charles
2005 *El hombre sin gravedad. Gozar a cualquier precio*, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- RODRÍGUEZ RABANAL, César
1989 *Cicatrices de la pobreza. Un estudio psicoanalítico*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas.